

libre y contento. Por esto sólo importaría vivir: porque la patria y el mundo sois vosotros, y mientras vosotros lloréis sobre la tierra, todas las felicidades de los demás serán egoísmo, y todas nuestras jactancias mentira.



XII

EL PEQUEÑO GALILEO

DESPUÉS de aquel día de jolgorio y franca-chela, como sucede siempre, volvió á caer el fastidio sobre el barco más pesado que nunca, acompañado de un calor fuertísimo y aumentado por el espectáculo de un mar de color repugnante, el cual daba la imagen de aquello que se dice de que el mar sería, si no hubiera impedimento para la prodigiosa multiplicación de ciertos peces, una espantosa y pestilente carnaza de merluzas y de arenques en putrefacción.

Oprimidos por aquel tedio, y todavía entontecidos por los desórdenes del día antes, la mayor parte de los pasajeros de tercera no se levantaba ni siquiera cuando los marineros, al hacer el acostumbrado baldeo con las bombas,

cruzaban por todas partes, regándolos con chorros de agua violentos: se dejaban regar con los ojos cerrados, como perros decrepitos. Todo el buque pareció durante muchas horas sumergido en un profundo letargo, y aun me disgusta, después de tanto tiempo, el recuerdo de aquel día como si fuera el de la cara de un muerto. Me parece ver en la sofocación del mediodía al genovés, que, abatido por el aburrimiento, se acerca á mi camarote y me pregunta:—¿Vamos á ver matar?—¿Cómo? ¿A quién matan?—A un buey.—Él lo sabía siempre el día antes, é iba á ver la matanza para sacudir el mal humor. ¡Oh, eternas horas pasadas con la nariz pegada al ventanillo del camarote, mirando con ojos estúpidos aquel mar de la pereza y del sueño! Dicen que el tiempo es oro, y yo hubiera dado un siglo de aquel oro por cinco céntimos. Y mar, y mar, y mar. Aquel Mediterráneo de allá arriba se me representaba pequeñísimo, como un pequeño lago azul sofocado por las montañas, y que no daba ni la más ligera idea del de acá; y aquel continuo ver mas que agua y más agua me hacía pensar en la horrible sospecha de si habríamos perdido el rumbo y estaríamos navegando en derechura hacia el polo antártico, para ir á topar contra los hielos eternos. Afortunadamente, vino á distraerme Ruy Blas, el cual, mirándome con

un ojo estragado que quería hacer adivinar una noche de aristocrático libertinaje, me dió una buena noticia. El bautizo estaba anunciado para las cuatro.

*
* *

Todo estaba ya arreglado. Bautizo é inscripción en el registro civil se harían en la cámara náutica, colocada junto al timón, debajo del puente del capitán. El cura napolitano administraría el susodicho bautizo de necesidad, al cual debía estar acostumbrado, porque en sus primeros años había viajado por aquellas campiñas solitarias de los Estados lejanos de la Argentina, donde, como no había iglesias y conservaban los habitantes diseminados una grosera tradición de la religión católica, sucedía que, al paso de un sacerdote, corrían á pedir el bautismo hasta jovenzuelos á caballo. Ahora se había ofrecido sin pedir *patacones*, y ya un camarero le había visto aquella mañana sacar una estola y una sobrepelliz, que llevaban marcadas las huellas indudables de un servicio largo y lleno de aventuras. Al chiquillo se le pondría, según costumbre, el nombre del buque, Galileo, el cual tenía ya una docena de

muchachos homónimos esparcidos por el mundo. La madrina sería la señorita de Mestre. Para padrino se había ofrecido el capitán, pero el diputado argentino lo había inducido á cederle aquel cargo por la razón de que, estando el chiquillo destinado á la ciudadanía de su país, le tocaba á él darle la bienvenida al Nuevo Mundo, como representante de la República.

*
* *

Este acto de amabilidad delicada, le reconcilió con los pasajeros, los cuales hasta entonces habían acusado á él y á los demás argentinos de estar en contra de los europeos y de formar agrupados rancho aparte. Yo, sin embargo de que no los conocía mas que hacía pocos días, los había observado á todos desde el principio con vivísima curiosidad, porque eran para mí los primeros ejemplares de su pueblo, el cual es sin duda alguna, de todos los de América, aquel que más importa ó que más debiera importar conocer á un italiano. El diputado era el de más edad, y hasta creo que el que hacía cabeza de toda la brigada: alto, cara valerosa y fina de hombre avezado á las lu-

chas de la vida política y de la vida social, el cual lanzaba á través del lente una mirada audazmente conquistadora de votos electorales y de *sics* femeninos. El marido de la señora era un abogadillo rubio, secretario de no sé qué ministro plenipotenciario de su país, con dos ojos grises movidísimos, agudos como punzones, que cuando os miraban con fijeza parecía que os veían hasta por debajo del cráneo, hasta por dentro del pecho y hasta en vuestro librito de memorias.

Había también dos jovencillos morenos, muy elegantes é insignificantes, los cuales no parecían preocuparse mas que de la lencería finísima y limpiísima de la cual hacían alarde, y de sus pobladas cabelleras, artísticamente arquitecturadas, negras, pero con aquel negro fuerfuerísimo andaluz-argentino, que es un verdadero ultraje á las cabezas mezcladas de blanco y de negro. El más original de todos era el quinto, un mozo de unos treinta años, de cara audaz y de voz áspera, un tipo de domador de caballos salvajes, propietario de una vasta *estancia* de la provincia de Buenos Aires, en la cual pasaba dos años de cada tres, en medio de treinta mil vacas y veinte mil ovejas, haciendo la vida del *gaucho*; de la cual iba luego á reponerse en París, donde devoraba una á una toda una ganadería de mil cabezas. Un rasgo común á los

cinco era la finura de la boca y lo pequeño de la cabeza, que todos llevaban siempre muy alta; pero la costumbre hereditaria que otros han observado en los argentinos, de apoyarse al andar más sobre las articulaciones de los dedos de los pies que sobre los talones, digo la verdad, no la observé. Estudiadamente elegantes, y cuidadosos sobre todo de la hermosura de la persona, lo eran mucho los cinco. Y corteses, pero de una cortesía más sonriente, por decirlo así, que la de los españoles, menos ceremoniosa que la de los franceses, unida á cierta soltura de modales y de palabras propias de los hombres que entran en la vida independiente apenas salen de la infancia, y que crecen sin preocupaciones y sin frenos, llenos de fe en sí mismos y en la fortuna, en medio de una sociedad agitada, desordenada, juvenil. Estas sus condiciones de ánimo se manifestaban en una expresión del semblante á la cual no sé encontrar mejor parangón que ese particular aire de atrevimiento del hombre á caballo que ve delante de sí un vasto horizonte libre. Y á todo esto, una maravillosa facilidad para emitir juicios sobre los pueblos, instituciones y costumbres de Europa, que habían visto al vuelo; juicios sobre una percepción más aguda que profunda, y una gran variedad más bien de lecturas que de estudios, recordada con pronti-

tud y citada con arte. Y no tanto en los juicios como en la preferencia manifiesta dada al argumento del discurso, mostraban viva simpatía hacia el carácter y la vida franceses, que se derivaba de una analogía incontrastable de calidad en la inteligencia y el ánimo; todos tenían á París en la punta de los dedos y las maletas llenas de periódicos de los *boulevards* y de retratos de artistas de la *Ópera* y de la *Comédie*. De otros países conocían bastante bien las casas de juego y los establecimientos balnearios, y sobre todo los teatros de música, de los cuales hablaban con apasionamiento de adolescentes, pero haciéndome entender que nada tenían que envidiarnos respecto de eso, porque ellos hacían ir á toda Europa á cantar y bailar en su casa.

Cuanto á Italia, no logré descubrir, bajo la necesaria cortesía de la frase, su verdadero sentimiento. Les complacía nuestra emigración, como un concurso de buenísimos trabajadores, y señalando á los emigrantes, decían:—Todo eso es otro tanto oro para nosotros.—Traednos toda la Italia con tal de que os quedéis con la Monarquía.

Y se comprendía que para ellos, como para los revolucionarios franceses del siglo pasado, una pobre criatura humana sujeta á la monarquía parecía digna de la más sincera comisera-

ción, y que nosotros los europeos debíamos considerarnos como una especie de hombres que nacen viejos, arrastrándose en medio de las tristes sobras de un mundo muerto y hasta un poco hambriento por profesión.

Debajo de estos sentimientos relampagueaba un orgullo nacional vivísimo, el orgullo de un pueblo pequeño que ha vencido á la gran España, humillado á Inglaterra y extendido los confines del mundo civilizado, barriendo la barbarie de un país inmenso para dar hospitalidad y vida á gentes de todas las lenguas y de todas las razas. El hecho es que dos veces por semana, cuando menos, festejábamos entre ellos alguna fecha gloriosa de la revolución argentina con una profusión de vinos de champagne, que era una hermosa prueba de los buenos frutos de sus victorias. Pero entre su orgullo nacional y el de los europeos me parece que existe una diferencia notable, y es que, mientras nosotros lo fundamos en el pasado y sobre él volvemos siempre para alabarnos, ellos casi nunca hablan del pasado, y en cada una de sus frases se refieren al porvenir con el *ritornello* de la infancia: «Cuando seamos grandes.»—Y en todos ellos aparecía profunda, firme, lucidísima, no la esperanza, sino la certeza de ser con el tiempo un pueblo enorme, los Estados Unidos de la América latina, resonando esplendoroso

desde el valle de las Amazonas hasta los últimos confines de la Patagonia. Y su conciencia de que han de ser llamados á ese primado, se podía reconocer también en el estudio que ponían en todas ocasiones para demostrar la originalidad de su pueblo, no sólo respecto á los viejos padres españoles (de los cuales hablaban con una ligera entonación de sátira como de gente de la cual afortunadamente se habían desembarazado bajo todos aspectos, no sintiendo influjo alguno suyo de ninguna especie), sino también respecto á los demás pueblos latinos de América: los chilenos, peruanos, bolivianos, brasileños, de cada uno de los cuales hacían resaltar las deficiencias intelectuales y morales y los lados ridículos, con mal disimulada ironía, que delataba un sentimiento de rivalidad de alto á bajo, no dulcificado por el de la fraternidad. Todos estos discursos los hacían en lenguaje fluído y caluroso, interrumpido por una risa cordial y de chispazos casi involuntarios de sinceridad, que revelaba una naturaleza capaz de pasiones generosas, violentas y hasta una gran movilidad de afectos, nacida de una necesidad sedienta de devorar la vida en todos sus modos, siguiendo con todas sus fuerzas el ímpetu de todos los deseos. Una sola cosa habría yo deseado en alguno de ellos, y era una expresión más abierta de piedad en la voz y en los

ojos al hacer los relatos que nos ofrecían de ciertos episodios inhumanos de su historia; un no sé qué de más afable y triste que no hiciese sospechar una mala huella en su naturaleza por la larga tradición de las guerras del desierto y de las guerras civiles, horribles todas. Pero, en el conjunto, la primera impresión era agradabilísima y propia para hacer doblemente viva la curiosidad de escudriñarles más adentro. Por la primera vez me encontraba yo delante de gente verdaderamente nueva para mí, lo cual no me había ocurrido nunca en Europa. En medio de la gran comunidad de conocimientos é ideas que había entre nosotros, reconocía yo en ellos las huellas de una educación enteramente diversa de la mente y del espíritu; los sentimientos peculiares de una gente acampada en los últimos confines de la civilización, en la extremidad de un continente casi despoblado, en una especie de soledad de ejército invasor, y las impresiones de una naturaleza de una hermosura diferente de la nuestra, más vasta, más primitiva y más formidable. Y me admiraba también de aquella lengua suya española, como desnuda y aligerada de la corteza literaria, acentuada de un modo nuevo para mí, adornada con palabras desconocidas y extrañas, y cantada con aquel lejano recuerdo de melodía india, que me traía á la imaginación caras color de

cobre, y cabezas adornadas con plumas. Pero más que la lengua, me admiraba su increíble facundia extraordinaria, la facultad imitativa de las entonaciones y del gesto, especialmente cuando se engolfaban en las descripciones de sus grandes montañas y de sus llanuras interminables. Aquel abogadillo rubio, más que los otros, describía la caza del caballo salvaje como un actor que recitase trozos clásicos, sin sombra de afectación ó de artificio aparente, con un vigor de movimientos y una música de palabra maravillosos. Y en todos noté el don de un hermoso metal de voz y un arte ó una facultad natural exquisita para modularla, en la señora particularmente, la cual tenía un timbre de plata y notas de cabeza graciosísimas que, á oirlas con los ojos cerrados, se hubiera creído que eran de una niña.

Visto el extraño efecto acústico que me había hecho una noche el nombre del Estado de Jujuí pronunciado de aquella manera, ella, por juego, iba buscando otros nombres indios de montes y de ríos de su país, que me repetía uno tras otro riendo de mi asombro. Ringuiririca, Paranapicavá, Ibirapitámini... Parecían trinos de ruiseñor.

*
* *

Para ellos, el viaje de América á Europa era, lo que para nosotros, una excursión de Génova á Liorna; lo habían hecho ya muchas veces: porque, cualquiera que sea el sentimiento que tienen de sí mismos y el concepto que guardan de nosotros, Europa es siempre para ellos la antigua madre, la gran patria de su inteligencia, y los atrae. El diputado, pues, contaba ya ocho viajes trasatlánticos; de modo que la red de sus amores debía extenderse ahora sobre un bosque de buques... Todavía joven, tenía el pasado de una larga vida también como hombre público, porque antes de los treinta años (debía frisar en los cuarenta) había sido ya redactor jefe de un gran periódico, alto funcionario de un ministerio, director de un Banco y enviado por el Gobierno á París con una comisión financiera. Y no era una excepción entre la juventud de su país. Decía, con razón, que su país estaba en manos de los jóvenes, porque la República quería que corriese por las venas de todos sus servidores, la savia primaveral que hervía en las suyas. — Vosotros—decía—hacinados en un campo reducido y sobrecargados de historia, de leyes y de tradiciones, tenéis que caminar poco á poco y conducidos por los viejos; pero nosotros, jóvenes de trescientos años, que tenemos por patria una tercera parte de la América del Sur y que debemos ganar apresuradamente el

tiempo perdido en la lucha con los salvajes y en la guerra de transformación social, de la cual apenas hemos salido, es menester que andemos á la carrera y guiados por la poca edad, por la impaciencia y por la audacia.—Y se chanceaba *del abuso* de la vejez que se hace en Europa.— Parece que, entre vosotros, las canas son el título necesario para ciertos cargos. Tenéis enfermedades que dan derecho á ciertos honores. ¿Qué sé yo? La gota lo hace todo. Vuestra juventud se atasca en un esperar interminable, y os encontráis en los oficios que requieren más vigor intelectual y de nervios, precisamente á la edad en que hay menos vigor. Desperdiciáis todas vuestras fuerzas en subir, y, cuando llegáis á la cumbre, suena la hora de la muerte.

* * *

En aquel momento apareció la camarera á anunciar la hora del bautizo. El diputado escapó al camarote para cambiar el gorro de seda por una tapadera de cabeza, más sacramental. Yo me encaminé hacia la cámara náutica. A proa había ya movimiento, especialmente entre las mujeres, que querían todas subir al castillo central para ver; tanto que los marineros tuvie-

ron que ponerse de centinela en las escalas á fin de evitar que se aglomerase demasiada gente encima. Había un vocerío, una curiosidad por todas partes, como si se tratara del bautizo de un príncipe heredero, y nadie se paraba en la amenaza de un aguacero solemne que comenzaba á hacer el ambiente sombrío.

Entré con otros dos ó tres en la cámara náutica, que estaba ya llena, y encontré con trabajo un poco de sitio. Delante de una mesa estaban de pie el capitán, que debía ejercer de funcionario del Estado civil, y el Segundo y el sobrecargo, que hacían de testigos; en derredor, todos de espaldas á la pared, la señora rubia, la argentina, la esposa, la madre y la hija pianista, la brasileña con la criada negra, y una docena de hombres, entre los cuales estaba el garibaldino con su acostumbrado semblante cerrado y triste. La ventana del fondo que daba al castillo estaba en frente llena de caras de mujeres de la tercera clase, que formaban escala y brillaban de contento por haber conquistado los primeros puestos; y detrás de ellas se oía el murmullo de la muchedumbre. Sobre la mesa estaba el rol de la tripulación y el diario de á bordo, abiertos; un azafate con un vaso de agua y un salero, y ejemplares impresos de fes de bautismo.

Todos guardábamos cierta compostura pen-

sativa. Aquella cámara singular, tapizada de cartas marítimas, que relucía aquí y allí con instrumentos náuticos, con aquellas veinticuatro letras mayúsculas inscritas como epitafio enigmático sobre las banderas de señales—aqueel grupo de personas tan diversas y extrañas que se balanceaba un tanto, por ligero vaivén—aquellos oficiales inmóviles y graves—aqueel susurro de una muchedumbre que no se veía, y aqueel horizonte oscuro del Océano que cortaba el vano del ventanillo, despertaban en conjunto un sentimiento de estupor y de respeto que se expresaba con un cuchicheo contenido.

Después de algunos momentos llegó el largo cura con una estola y una sobrepelliz que parecían haber servido para bautizar á los primeros navegantes del Atlántico, y la atención de todos se dirigió hacia él. Entró, encorvándose, sin mirar á nadie, y una vez junto á la mesa, y después de haber hecho la señal de la cruz, comenzó á murmurar, con los ojos cerrados, en medio de profundo silencio, los exorcismos de costumbre para el agua y para la sal.

Después echó una cucharada de sal en el vaso, lo agitó y, mojado el dedo, bendijo á los presentes. Las mujeres hicieron la señal de la cruz. El cuchicheo comenzó de nuevo.

Como tardaba en llegar el chico, el capitán mandó al sobrecargo que fuera á ver qué pa-

saba. Como quiera que se había agravado el viejo enfermo de pulmonía, la recién parida había sido trasladada de la enfermería á un camarote vacío de los de segunda clase. El trayecto que había que hacer era de pocos pasos. El sobrecargo volvió en seguida diciendo:

— *Viene ya.*

Venían en efecto muy cerca por la escala el padre, con aire de triunfo, afeitado, con la camisa limpia y con el chiquillo en brazos; la señorita de Mestre con su vestido de costumbre, verde mar, sujeta de una mano por el argentino, y detrás de ellos, con asombro mío y de todos los demás, la recién parida, pálida pero sonriente, sostenida por la cintura por el marinero jorobado.— No ha habido manera de contenerla — murmuraba el marinero, — ha querido venir á pesar de las amenazas del médico: ¡testaruda! empeñada en hacer aquí lo que en su casa, donde á los dos días, ella se ha puesto siempre á hacer sus quehaceres.

El último venía uno de los dos gemelos con media vela en la mano.

Un murmullo acariciador de compasión y de simpatía acogió al pequeño Galileo, que dormía plácidamente, con la carita sonrosada, envuelto en una manta azul, con una gorrita blanca á plieguecitos y una medalla al cuello.

Apenas hubo entrado, la señorita cogió al

niño de los brazos de su padre y se lo presentó al capitán con aquella sonrisa triste y dulcísima, y no hubo ni uno, según creo, que dejase de notar el contraste lastimoso de aquel pequeño ser que empezaba la vida, con aquella pobre y buena criatura, para la cual todo estaba á punto de terminar.

Todos por un momento la miraron á ella sola, que á su vez contemplaba al chiquillo con la cabeza inclinada, mostrando en los ojos todos los tesoros de maternidad que se llevaría á la tumba.

El capitán, con su claro acento del barrio de Pré y con entrecejo como si leyese un acta de acusación, dió lectura al acta de nacimiento inscrita en el rol del buque:

«—El año de mil ochocientos, etc., á las, etc., del día, etc., á bordo del barco llamado *Galileo*, inscrito en la matrícula de Génova, etcétera... el señor médico, Fulano de Tal, nos ha presentado á nos, capitán que manda el referido buque, á presencia de los señores Tales y Cuales, un recién nacido del sexo masculino, el cual ha dado á luz la señora...»

Dibujóse una sonrisa en los labios de todos cuando se oyó leer que el punto nativo de aquel pobre niño era á los 4 grados latitud Norte, longitud Oeste, meridiano de París, 28'48.

«—..... En fe de lo cual, nos — continuó el capitán — hemos extendido la presente acta, que ha sido inscrita al pie del rol del barco y que ha sido suscrita... »

El capitán y los dos oficiales firmaron el acta en el rol y en los tres ejemplares impresos que habían de ser entregados en el consulado italiano de Montevideo, en la capitanía del puerto de Génova y al padre; luego pasaron la pluma á éste, el cual, con trabajo, con la frente inundada de sudor, garrapateó tres veces su nombre.

En aquel momento el vapor dió un brusco balanceo á un lado, y la madrina vaciló; el argentino la sujetó por un brazo, y yo leí en sus ojos la impresión de penoso estupor que experimentó al tocar aquel brazo sin carne. El cielo se había puesto más oscuro y el mar más lívido; algunas gotas caían sobre la cubierta.

El cura adelantó.

Al oír los nombres puestos, se santiguó, y, colocada su enorme velluda mano sobre la cabeza del chiquillo dormido, mientras el argentino le ponía la derecha sobre el pecho, le echó con el vaso los tres chorreones de agua, diciendo:

—*Galileo Pedro Juan, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

Y después: — *Galilee Petrus Johannes, vade in pacem et Dominus sit tecum.*

Todas las mujeres de la ventana contestaron: — *Amén.*

Entonces dijo el *Agimus*:

Yo, entretanto, observaba á la madre, la cual giraba sus pupilas sobre el niño, sobre los oficiales, sobre los instrumentos náuticos, sobre aquella extraña capilla, y prestaba el oído al erujido de la rueda del timón y al silbido lejano de los obenques agitados por el viento, dirigiendo de vez en cuando una furtiva mirada al oscuro mar; y parecía agitada por una viva inquietud, como si hubiese algo de profano y casi de funesto en aquella función hecha de aquel modo, tan á la ligera, en aquel sitio y con aquel tiempo.

— *Ave María, gratia plena, Dominus tecum* — terminó el cura.

— *Sancta María, mater Dei, ora pro nobis* — contestaron las mujeres.

En aquel mismo momento, un relámpago vivísimo iluminó la cámara, y se oyó el largo mugido de un buey; el vapor dió un salto; la parida se echó á llorar.

— *Amén* — dijo el cura.

— *Amén* — contestaron desde fuera.

Todos se volvieron hácia la mujer preguntándole lo que tenía y dándole ánimo. Ella se en-